

Maggie
Shipstead

EL GRAN CÍRCULO

Traducido del inglés por Paula Aguiriano Aizpurua

Título original: *Great Circle*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió
Mapas de Joe LeMonnier

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2021 by Maggie Shipstead
© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com



ISBN: 978-841362-688-8
Depósito legal: M. 3.135-2022
Printed in Spain

Para mi hermano

Vivo mi vida en círculos crecientes,
que encima de las cosas se dibujan.
El último quizá no lo complete
pero quiero intentarlo.

Giro en torno de Dios, de la torre antiquísima,
durante miles de años voy girando.
Todavía no sé: ¿soy halcón, soy tormenta,
o bien soy un gran cántico?

Rainer Maria Rilke, *El libro de horas*,
trad. Federico Bermúdez Cañete, Hiperión, 2005.

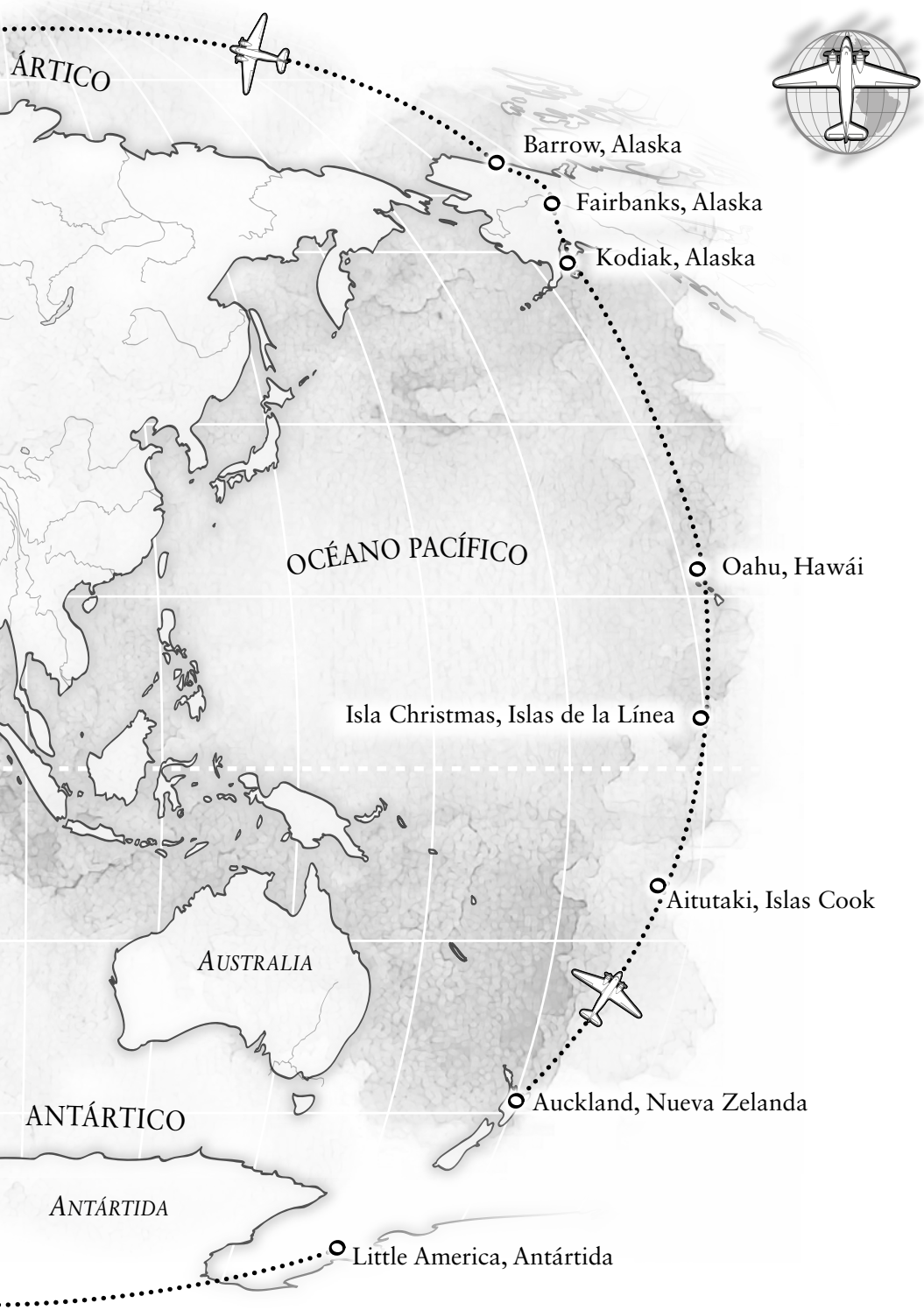
Si se atravesara una esfera con una cuchilla y se dividiera en dos mitades perfectas, la circunferencia de la sección de cada mitad sería un gran círculo, es decir, el círculo de mayor tamaño que puede dibujarse en una esfera.

El ecuador es un gran círculo, así como los meridianos. En la superficie de una esfera como la Tierra, la distancia más corta entre dos puntos dibuja un arco que es un segmento de un gran círculo.

Los puntos opuestos, como el polo norte y el polo sur, están intersecados por un número infinito de grandes círculos.

Mapa del vuelo de Marian, 1950





Little America III, barrera de hielo de Ross, Antártida
4 de marzo de 1950

Nací para ser errante. Me adapto a la tierra como un ave marina a las olas. Algunas aves vuelan hasta que mueren. Yo me he prometido a mí misma que mi descenso final no será una caída impotente, sino una elegante zambullida en picado, con decisión, apuntando a algo en las profundidades del mar.

Estoy a punto de despegar. Quiero intentar cerrar el círculo, unir el final con el principio. Ojalá la línea fuera un meridiano sin obstáculos, un aro tenso perfecto, pero nos hemos visto obligados a desviar el curso: las islas y los aeródromos se distribuyen de forma desigual, el avión necesita combustible.

No me arrepiento de nada, pero porque no me lo permito. Solo pienso en el avión, el viento, la costa, tan lejana, donde la tierra comienza de nuevo. El tiempo está mejorando. Hemos reparado la fuga lo mejor que hemos podido. Pronto partiré. Odio los días eternos. El sol es un buitres que me sobrevuela. Quiero una tregua de estrellas.

Los círculos son maravillosos porque son infinitos. Lo infinito es maravilloso. Pero la infinitud también es tortura. Yo sabía que el horizonte no podía alcanzarse, pero lo perseguí de todos modos. He hecho una estupidez, pero no tenía más remedio que hacerla.

[Última anotación de *El mar, el cielo, las aves entre ambos: El diario perdido de Marian Graves*. Publicado por D. Wenceslas & Sons, Nueva York, 1959.]

Ahora que el círculo está casi cerrado, el principio y el final separados por un último tramo aterrador de agua, me doy cuenta de que esto no es como pensé que sería. Pensé que sentiría que había visto el mundo, pero hay demasiado mundo para tan poca vida. Pensé que sentiría que había concluido algo, pero ahora dudo que nada pueda concluirse. Pensé que no tendría miedo. Pensé que me expandiría, pero ahora sé que soy más insignificante de lo que creía.

Nadie debería leer esto jamás. Mi vida es mi única posesión.

Y sin embargo, sin embargo, sin embargo.

Los Ángeles
Diciembre de 2014

Conocía a Marian Graves solo porque una de las novias de mi tío solía dejarme en la biblioteca cuando era niña y en una ocasión cogí un libro al azar que se titulaba algo parecido a *Damas valientes de los cielos*. Mis padres se subieron a un avión y no regresaron, y resulta que un porcentaje considerable de las damas valientes había sufrido el mismo destino. Eso me llamó la atención. Quizá buscara que alguien me dijera que un accidente de avión no era una mala forma de morir, aunque si alguien me lo hubiera dicho en serio, habría pensado que era mentira. El capítulo de Marian decía que la había criado su tío y cuando lo leí sentí un escalofrío porque a mí también me estaba criando (más o menos) mi tío.

Una amable bibliotecaria me sacó el libro de Marian —*El mar, el cielo*, etc.— y me sumergí en él como una astróloga consultando una carta astral, con la esperanza de que la vida de Marian me explicara la mía, me dijera qué hacer y cómo comportarme. La mayoría de lo que había escrito no lo entendí, pero sí me quedó una vaga voluntad de convertir mi soledad en aventura. En la primera página de mi diario escribí «NACÍ PARA SER ERRANTE» en grandes letras mayúsculas. Después no escribí nada más porque ¿qué podría añadir a eso una niña de diez años que pasa los días entre la casa de su tío en Van Nuys y audiciones para anuncios de televisión? Una vez devuelto el libro, prácticamente me olvidé de Marian. En realidad, casi todas las damas valientes de los cielos han sido olvidadas. Hubo algún que otro reportaje especial aterrador sobre Marian en los años ochenta y unos cuantos fans acérrimos siguen elaboran-

do teorías en internet, pero su figura no cuajó como la de Amelia Earhart. Al menos la gente cree que conoce la vida de Amelia Earhart, aunque no sea así. Es imposible.

Lo de que me dejaran en la biblioteca tan a menudo resultó ser algo bueno porque, mientras otros niños estaban en el colegio, yo iba de silla plegable en silla plegable, de pasillo en pasillo, por todas las audiciones para niñas blancas (o niñas de raza no especificada, que también significa blancas) de la zona metropolitana de Los Ángeles acompañada por toda una colección de niñeras y novias de mi tío Mitch, dos categorías que solían solaparse. Creo que a veces las novias se ofrecían a cuidar de mí porque querían que él viera su lado maternal, pensando que eso las haría parecer una buena posible esposa, pero lo cierto es que esa no era la estrategia adecuada para mantener encendida la llama del amor con el viejo Mitch.

Cuando tenía dos años, el Cessna de mis padres se estrelló en el lago Superior. O eso se cree. No hallaron rastro. Mi padre, hermano de Mitch, pilotaba el avión. Viajaban de escapada romántica a la cabaña de un amigo en medio de la nada «para reconectar», como decía Mitch. Incluso cuando era pequeña, me contaba que mi madre seguía follándose a otros. Con esas palabras. No estoy segura de que Mitch creyera en la existencia de la infancia. «Pero también seguía con él, y él con ella», añadía. En las frases de efecto sí que creía. Había empezado su carrera dirigiendo telefilmes cutres con títulos como *El amor se paga caro* (sobre un cobrador de deudas) y *Asesinato en San Valentín* (imposible adivinar la trama).

Mis padres me habían dejado en Chicago con una vecina, pero en su testamento me dejaron con Mitch. En realidad no había nadie más. No tenía más tías ni tíos y mis abuelos estaban muertos, distanciados, ausentes o no eran de fiar. Mitch no era mala persona, pero sus instintos eran oportunistas, a la manera hollywoodiense, así que, después de unos meses conmigo, pidió que le devolvieran un favor para meterme en un anuncio de compota de manzana. Después me buscó una agente, Siobhan, y empecé a conseguir trabajo suficiente en anuncios, breves apariciones como actriz de reparto y telefilmes (fui la hija de *Asesinato en San Valentín*) como para no recordar ninguna época en la que no estuviera actuando o intentando hacerlo. Para mí era normal meter un poni de plástico en un establo de plástico una y otra vez mientras las cámaras rodaban y un adulto desconocido me decía cómo sonreír.

A los once años, después de que Mitch hubiera progresado de las películas de sobremesa a los vídeos musicales y se estuviera peleando para entrar en el mundillo del cine independiente, me llegó mi gran oportunidad: el papel de Katie McGee en una serie de comedia infantil sobre viajes en el tiempo titulada *Todas las vidas de Katie McGee*.

En el plató, mi vida era impecable y de colorines, todo eran bromas y tramas muy cuidadas y habitaciones de tres paredes bajo un cielo lleno de focos ardientes. Sobreactuaba con una risa estridente vestida con ropa de tan rabiosa actualidad que parecía el espíritu preadolescente personificado. Cuando no trabajaba, hacía prácticamente lo que quería gracias a la negligencia de Mitch. En su libro, Marian Graves escribía: «De niños, mi hermano y yo casi siempre teníamos que arreglárnoslas solos. Yo creía —y durante muchos años nadie me dijo lo contrario— que era libre de hacer lo que quisiera, que tenía derecho a ir adonde consiguiera llegar». Puede que yo fuera una mocosa más impulsiva que Marian, pero tenía la misma sensación. Quería comerme el mundo, y la libertad era la salsa que lo acompañaba. Si la vida te da limones, decora tus martinis con las peladuras.

A los trece años, después de que el *merchandising* de *Katie McGee* empezara a venderse como churros y Mitch dirigiera *Torniquete* y se revolcara en el éxito como un cerdo empastillado en un charco de mierda, mi tío decidió que nos mudáramos a Beverly Hills a gastos compartidos. Ahora que ya no estaba atrapada en el valle, el niño que hacía de hermano mayor de Katie McGee me presentó a los cabrones de sus amigos ricos del instituto, que me llevaban en coche por ahí y me invitaban a fiestas y se enrollaban conmigo. Seguramente Mitch no se daba cuenta de lo mucho que salía porque él también solía estar fuera. A veces coincidíamos volviendo a casa a las dos o tres de la madrugada, ambos hechos un desastre, y nos limitábamos a saludarnos con la cabeza como dos personas que se cruzan por el pasillo del hotel donde asisten al mismo congreso de jueguistas.

Pero también había cosas buenas: los profesores particulares de la serie eran decentes y me recomendaron que fuera a la universidad, y como me gustaba la idea, me las arreglé para entrar en la Universidad de Nueva York cuando la serie acabó con bastantes puntos extra por ser una pseudoestrella de la tele. Si no hubiera tenido las maletas hechas cuando Mitch tuvo una sobredosis, probablemente me habría quedado en Los Ángeles y habría seguido de fiesta hasta matarme yo también.

Entonces sucedió algo que podía haber sido bueno o malo: después del primer semestre, me dieron un papel en la primera película de *Arcángel*. A veces me pregunto qué habría pasado si hubiera terminado la universidad y hubiera dejado de actuar y la gente me hubiera olvidado, pero ni me planteé rechazar la inmensa suma de dinero que me ofrecían por hacer de Katerina. Así que lo demás no importa.

Durante mi breve paso por la universidad, tuve tiempo de cursar Introducción a la Filosofía y descubrir el panóptico, la hipotética prisión ideada por Jeremy Bentham, donde solo habría una diminuta garita en el centro de un gigantesco anillo de celdas. No se necesitaba más que un guarda, porque este podía estar vigilando en cualquier momento, y la idea de estar siendo vigilado es mucho más importante que la vigilancia real. Después Foucault convirtió todo aquello en una metáfora de que lo único que necesitas para castigar y controlar a una persona o a un grupo de población es hacerles pensar que los pueden estar vigilando. Era evidente que el profesor quería que pensáramos que el panóptico era horrible y aterrador, pero más tarde, cuando *Arcángel* me hizo demasiado famosa, me habría gustado coger la absurda máquina del tiempo de Katie McGee, volver a aquella aula y pedirle que se planteara lo contrario. Que en lugar de un guardia, en el centro estuviera él, y miles, quizá millones de guardias lo estuvieran vigilando —o pudieran hacerlo— todo el tiempo allá donde fuera.

En realidad no me habría atrevido a preguntar nada a ningún profesor. En la NYU todo el mundo me miraba continuamente por haber sido Katie McGee, pero parecía que me miraran porque supieran que no merecía estar allí. Y puede que así fuera, pero la justicia no puede medirse en números. No puedes saber si te mereces algo. Es probable que no. Así que fue un alivio dejar las clases por *Arcángel*, volver a tener un millón de obligaciones sobre las que no podía opinar y un horario que yo no decidía. En la universidad hojeaba completamente desconcertada el catálogo de asignaturas, del grosor de un diccionario. Vagaba por la cafetería mirando el surtido de comida, los bufés de ensaladas y las montañas de panecillos y los envases de cereales y la máquina de helados y sentía que debía resolver un monumental acertijo de consecuencias fatales.

Después de echarlo todo por tierra, un día *sir* Hugo Woolsey (el mismo *sir* Hugo que casualmente es mi vecino) empezó a hablarme de una

película biográfica que estaba produciendo y sacó de su bolsa de tela un ejemplar del libro de Marian, libro en el que no había pensado en quince años. De pronto me vi de nuevo en una biblioteca mirando un fino libro de tapa dura que podía contener todas las respuestas. Las respuestas parecían algo bueno. Algo que quizá deseara, aunque me resultara imposible descifrar lo que deseaba de verdad, aunque nunca llegara a saber lo que significaba «desear». El deseo se me presentaba casi siempre como una maraña de impulsos contradictorios. Deseaba desaparecer como Marian; deseaba ser más famosa que nunca; deseaba expresar algo sobre la valentía y la libertad; deseaba ser valiente y libre, pero no sabía qué significaba eso. Solo era capaz de fingir que lo sabía, y supongo que en eso consiste actuar.

Hoy es mi último día de rodaje de *Peregrina*. Estoy sentada en una maqueta del avión de Marian colgada de un sistema de poleas que está a punto de ser lanzada sobre el tanque gigante de agua en el que caerá. Llevo un anorak de piel de reno que pesa una tonelada y pesará aún más cuando se moje y estoy intentando que no se note que tengo miedo. Bart Olofsson, el director, me ha llevado aparte antes y me ha preguntado si estaba segura de querer rodar yo misma esa escena peligrosa teniendo en cuenta lo que les pasó a mis padres. «Creo que quiero enfrentarme a ello —le he dicho—. Creo que me vendrá bien para cerrar la herida.» Me ha apoyado la mano en el hombro y ha puesto su gesto más convincente de gurú. «Eres una mujer muy fuerte», me ha dicho.

Pero las heridas nunca se cierran de verdad. Por eso no hacemos más que intentarlo.

El actor que hace de Eddie Bloom, mi navegante, también lleva un anorak de reno y tiene sangre falsa resistente al agua en la frente porque se supone que el golpe lo dejará inconsciente. En la vida real, Eddie se sentaba ante una consola detrás del asiento de Marian, pero los guionistas, dos hermanos agresivamente alegres cuyo corte de pelo y rostro son como de las Juventudes Hitlerianas, pensaron que sería mejor que Eddie pasara delante para la zambullida mortal. Venga, pues vale.

De todos modos, la historia que estamos contando no es lo que sucedió en realidad. Hasta ahí sí que llego. Aunque no diría que sé lo que le pasó de verdad a Marian Graves. Solo ella lo sabía.

Ocho cámaras grabarán mi caída: seis fijas y dos manejadas por submarinistas. El plan es rodar una sola vez. Dos, como mucho. Es una es-

cena cara, nuestro presupuesto nunca ha sido muy generoso y ya se ha agotado, incluso excedido un poco, pero ya que hemos llegado hasta aquí, no tenemos más remedio que seguir. En el mejor de los casos, tardaremos todo el día. En el peor, me ahogo y acabo en el *in memoriam*, acabo como mis padres, solo que en un avión falso y en un océano de mentira, ni siquiera intentando llegar a algún sitio.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

El coordinador de escenas de acción está comprobando mi arnés, toqueteándome la entrepierna de forma muy profesional, palpando las correas y los ganchos entre el hirsuto pelo de reno. Fiel al estereotipo, tiene la cara curtida, vestuario de cuero y unos andares como de muñeco que son el resultado de varias reparaciones imperfectas.

—Completamente segura —contesto.

Cuando termina, la grúa nos eleva y nos coloca sobre el agua. En el extremo del tanque hay un telón de gasa que forma una especie de horizonte con el agua y ahora soy ella, Marian Graves, sobrevolando el océano Antártico con el indicador de combustible a cero y sabiendo que no puedo llegar a ninguna parte que no sea donde estoy, o sea, en medio de la nada. Me pregunto lo fría que estará el agua, cuánto tiempo tardaré en morir. Repaso mis opciones. Recuerdo lo que me he prometido a mí misma. «Una zambullida en picado.»

—Acción —dice una voz en el pinganillo, y empujo el volante del avión falso como si quisiera hundirnos hasta el centro de la Tierra. Las poleas inclinan el morro y descendemos.

El *Josephina Eterna*

Glasgow, Escocia
Abril de 1909

Un buque sin terminar. Un casco sin chimeneas atrapado en sus gradas por un pórtico de acero en la parte superior y una cuna de maderos en la parte inferior. Más allá de la popa, bajo las cuatro flores impotentes de sus hélices expuestas, el río Clyde fluía en tonos verdes bajo un sol inesperado.

Desde la quilla hasta la línea de flotación era de color teja, y por encima, pintado expresamente para la botadura, era tan blanco como un vestido de novia (el blanco quedaba mejor en las fotos de los periódicos). Después del estallido de los flashes, después de que se quedara amarrado él solo en el río para que lo equiparan, varios hombres se descolgarían por los costados sobre unos tablones amarrados con cuerdas gruesas y pintarían de negro brillante la chapa y los remaches del casco.

Las dos chimeneas se izarían, se atornillarían y se amarrarían. Las cubiertas se entablarían con madera de teca; los pasillos y salones se revestirían de caoba y nogal y roble. Habría sofás y sillones y *chaise longue*, camas y bañeras, escenas marinas con marcos dorados, dioses y diosas de bronce y alabastro. La vajilla de primera clase tendría el borde dorado y dibujos de anclas doradas (el símbolo de L&O Lines). En segunda clase, anclas azules y el borde azul (el color de la línea). La tercera clase tendría que conformarse con loza blanca lisa, y la tripulación, con hojalata. Llegarían furgones llenos de cristalería y plata y porcelana, damasco y terciopelo. Las grúas subirían a bordo tres pianos suspendidos de una red como bestias con las patas rígidas. Un bosquecillo de pal-

meras en tiestos se empujaría pasarela arriba. Se colgarían lámparas de araña. Se apilarían hamacas plegables como bocas de cocodrilo. Llegado el momento, se echaría la primera carga de carbón por las aberturas de la parte baja del casco hacia las carboneras, por debajo de la línea de flotación, lejos del ambiente selecto. El primer fuego ardería en lo más profundo de las calderas.

Sin embargo, el día de la botadura todavía no era más que un casco, una cuña de acero desnuda, sin comodidades. La muchedumbre se empujaba a la sombra del buque: trabajadores navales formando grupos alborotadores, familias de Glasgow que querían presenciar el espectáculo, pilluelos vendiendo periódicos y bocadillos. Un cielo azul radiante ondeaba sobre la escena como un gallardete. En esa ciudad de niebla y hollín, un cielo como aquel solo podía ser un buen presagio. Se oía una banda de música.

La señora de Lloyd Feiffer, Matilda, esposa del flamante dueño estadounidense del barco, estaba sobre una tribuna adornada con banderines azules y blancos y llevaba una botella de whisky bajo el brazo.

—¿No debería ser champán? —le había preguntado a su marido.

—En Glasgow no —le había respondido él.

Matilda debía romper la botella contra el buque para bautizarlo con un nombre en el que le resultaba casi insoportable pensar. Estaba impaciente por que llegara el momento catártico de romper el cristal, por cumplir con su labor, pero no tenía más remedio que esperar. Algo estaba retrasando la ceremonia. Lloyd no se estaba quieto, de vez en cuando hacía comentarios al arquitecto naval, que estaba paralizado por la preocupación. Unos cuantos ingleses descontentos tocados con bombín merodeaban por la tribuna, así como un par de escoceses de la naviera y otros hombres que ella no conocía.

El buque ya estaba construido cuando L&O Lines, fundada en 1857 en Nueva York por el padre de Lloyd, Ernst, que se la dejó en herencia en 1906, compró la línea inglesa quebrada que había encargado fabricarlo («fabricarla», la corregía siempre Lloyd, pero para Matilda los barcos siempre serían cosas y no seres femeninos). El buque se estaba revistiendo cuando se terminó el dinero, y los trabajos se reanudaron cuando los dólares de Lloyd se convirtieron a libras y después a acero. Los hombres que llevaban bombín, procedentes de Londres, que comentaban taciturnos el tiempo espléndido, habían diseñado el buque, habían discutido

sobre los planos y habían escogido un nombre sensato del que Lloyd había decidido hacer caso omiso. Todo ello para acabar siendo obsoletos: cabrones con sombrero cuidadosamente cepillado en una tribuna engalanada con banderines y las entusiastas marchas de la banda bullendo a sus pies. Se había untado sebo en las gradas para engrasar el camino del buque y Matilda notaba que el denso olor animal le impregnaba la ropa y le ensuciaba la piel.

Lloyd quería un nuevo transatlántico para fortalecer L&O. A la muerte de Ernst, la flota estaba exhausta y anticuada, la mayoría eran cargueros a vapor que hacían la ruta de la costa, además de varios buques de carga y de pasajeros que cruzaban el Atlántico a duras penas y unos pocos veleros que todavía recorrían las rutas del cereal y del guano por el Pacífico. Ese buque no sería el transatlántico más grande, ni el más rápido, ni el más ostentoso que cruzara el Atlántico desde Europa —no podía competir con los monstruos de White Star Line que se construían en Belfast—, pero Lloyd le había dicho a Matilda que sería una respetable apuesta inicial para entrar en la mesa de los ricachones.

—¿Alguna novedad? —la sobresaltó Lloyd con un graznido. La pregunta estaba dirigida a Addison Graves, el capitán Graves, que estaba cerca de allí. Más bien acechaba, aunque su habitual joroba parecía una disculpa preventiva por su altura. Era delgado, casi demacrado, pero sus huesos eran tan macizos y pesados como un garrote.

—Es un problema con la palanca de accionamiento —le explicó a Lloyd—. No tardarán mucho en solucionarlo.

Lloyd dirigió una mirada contrariada al barco.

—Es como si estuviera encadenada. Su sitio es el mar. ¿No crees, Graves? —De pronto estaba eufórico—. ¿No crees que es absolutamente espléndida?

La proa se alzaba sobre ellos, afilada como un cuchillo.

—Será un buque excelente —respondió afable Graves.

Él sería el primer capitán del barco. Había viajado para la botadura con Lloyd y Matilda y los cuatro jóvenes hijos de los Feiffer: Henry, el mayor de ellos, de siete años, y Leander, un bebé que ni siquiera había cumplido su primer año de vida, con Clifford y Robert entremedias, todos ellos cuidados por dos niñeras en algún lugar donde no molestaran. Matilda había albergado la esperanza de cogerle cariño a Graves durante la travesía. No era mala persona, siempre era educado, pero su carác-

ter reservado parecía infranqueable. Ni siquiera sus intentos más osados de descubrir algo sobre sus ideas habían obtenido resultado. «¿Qué lo empujó al mar, capitán Graves?», le preguntó una noche durante la cena. Él respondió: «Si uno avanza lo suficiente en cualquier dirección, siempre llegará al mar, señora Feiffer», y ella se lo tomó como un reproche. A sus ojos, el capitán había acabado representando lo impenetrable que era la vida masculina. Lloyd mostraba por él un entusiasmo que no parecía dedicar a nadie más, sin duda no a Matilda. «Le debo la vida», había dicho Lloyd en muchas ocasiones. «Tu vida no puede ser una deuda —replicó ella una vez—, a no ser que no sea tuya en realidad, y entonces no se ha salvado nada.» Pero Lloyd simplemente se echó a reír y le preguntó si alguna vez se había planteado hacerse filósofa.

Graves y Lloyd habían coincidido de jóvenes en la tripulación de una corbeta. Graves era entonces marinero de profesión y Lloyd, que acababa de graduarse en Yale, fingía serlo a medias. Ernst, el padre de Lloyd, le había dicho que si quería heredar L&O, tenía que aprender cómo funcionaba el negocio. Cuando el desafortunado Lloyd cayó por la borda en la costa de Chile, Graves fue rápido y preciso y le lanzó un cabo del que tiró para subirlo a bordo. Desde entonces, Lloyd siempre había venerado a Graves como su salvador. («Pero tú fuiste quien agarró el cabo —decía Matilda—. Fuiste tú quien se aferró a él.») Después de lo de Chile, a medida que Lloyd ascendía en la empresa, Graves lo acompañaba.

La tribuna ya no estaba a la sombra. El sudor hacía que a Matilda se le clavara y le rozara el corsé. Al parecer Lloyd pensaba que su esposa había nacido sabiendo cómo bautizar un barco. «No tienes más que romper la botella en la proa, Tildy —le había dicho—. Es muy sencillo.»

¿Reconocería cuándo había llegado el momento? ¿Se acordarían de avisarla? Lo único que sabía era que, al parecer, alguien (no estaba segura de quién) le haría una señal cuando el buque comenzara a deslizarse, y entonces ella tendría que romper la botella de whisky contra la proa para bautizarlo con el nombre de *Josephina Eterna*, en honor de la amante de su esposo.

Meses atrás, cuando le había preguntado a Lloyd durante el desayuno cómo se llamaría el buque, él se lo dijo sin ni siquiera levantar la vista del periódico.

La taza de Matilda no había ni tintineado al dejarla de nuevo sobre el platillo. Al menos podía sentirse orgullosa de eso.

Cuando Lloyd se casó con ella, Matilda era joven, pero no demasiado: veintiuno frente a los treinta y seis de él; era lo bastante mayor para saber que la habían elegido por su fortuna y su fertilidad, no por amor. Lo único que pedía era que Lloyd actuara con respeto y discreción. Se lo explicó antes de comprometerse y él la escuchó con amabilidad y se mostró de acuerdo en que la privacidad individual dentro del matrimonio tenía muchas ventajas, sobre todo sabiendo que la vida de soltero le había sentado tan bien durante tanto tiempo. «Entonces estamos de acuerdo», dijo ella, y le tendió la mano. Él la estrechó con solemnidad, después la besó en la boca durante un buen rato y ella, a su pesar, empezó a enamorarse de él. Mala suerte.

Sin embargo, no pensaba retractarse. Aceptó lo mejor que pudo las correrías de Lloyd y centró su pasión en el cuidado de sus hijos y el mantenimiento de su vestuario y de sí misma. Sabía que Lloyd le tenía afecto, y era más cariñoso en la cama de lo que había oído de otros esposos, aunque también sabía que en el fondo no era de su gusto. Prefería a las mujeres temperamentales, insaciables, normalmente mayores que Matilda, a menudo incluso mayores que él mismo, y sin duda mayores que la mujer que compartía nombre con el barco, esa tal Jo, que solo tenía diecinueve años y era morena y frívola. Pero Matilda era lo bastante lista como para saber que muchas veces la mayor perdición era la amante que no respondía al estereotipo.

El nombre del buque le había parecido una triste recompensa a su tolerancia y generosidad, y en cuanto tuvo un momento a solas, lejos del tintineo de la vajilla y de las miradas de los criados, derramó unas cuantas lágrimas. Después se recompuso y siguió adelante, como siempre.

En la tribuna, Lloyd se volvió agitado hacia ella.

—Casi es la hora.

Ella intentó prepararse. El cuello de la botella era demasiado corto para sujetarlo bien, sobre todo con sus guantes de seda, y se le resbaló. Aterrizó haciendo un ruido sordo peligrosamente cerca del borde de la tribuna. Cuando la recogió, alguien le tocó el hombro. Addison Graves. Le cogió la botella con suavidad.

—Será mejor que te quites los guantes —le dijo.

Cuando se los hubo quitado, él le hizo rodear con una mano el cuello de la botella y le colocó la palma de la otra contra el corcho.

—Así —dijo, haciendo un movimiento de arco hacia el lado—. No tengas miedo de darle un buen golpe, da mala suerte que la botella no se rompa.

—Gracias —murmuró Matilda.

Esperó su señal al borde de la tribuna, pero no sucedió nada. La proa seguía en su sitio, la inmensa nariz respingona de una criatura orgullosa y altiva. Los hombres hablaban entre sí con urgencia. El arquitecto naval salió corriendo. Ella esperó. La botella cada vez pesaba más. Le dolían los dedos. Abajo, entre la multitud, dos hombres se daban empujones y causaban revuelo. Vio que uno golpeaba al otro en la cara.

—¡Tildy, por el amor de Dios! —Lloyd le tiraba del brazo.

La proa se estaba deslizando. A gran velocidad. Ella no se esperaba que algo tan grande se moviera tan rápido.

Se asomó y lanzó la botella a la pared de acero que se alejaba. Con torpeza, por encima de la cabeza. La botella dio un golpe sordo contra el casco, pero no se rompió, solo rebotó y cayó a la grada, donde se hizo añicos sobre el hormigón y dejó un charco de líquido ambarino y trozos de cristal. El *Josephina* se alejó. El río recreció tras la popa y formó un montículo verde que se hundió en espuma.